RECUERDO

de la velada literaria y musical ofrecida por el Casino en honra del hijo bueno de Navia

Ramón Valdés y Campoamor

EL 13 DE AGOSTO DE 1905

POEMAS:

SATANIA
NOCHE DE INVIERNO
TARJETA POSTAL
CONTRASTES

Enviados por su autor

Francisco Cepeda y Taborcías

Sres. don Macario Lorenzo Platón
y don José M. Mendez

Presidente y Secretario del Casino de Navia.

Señores míos y consocios:

Intoxicaciones de tuberculósis social en cuyas gangrenosas cavernas se esfaceló cuanto fué mío, no me dieron vagar de responder más antes á la cariñosa demanda de su atenta carta de 22 de Febrero, invitándome á quebrar una lanza en el torneo acordado como testimonio de gratitud á nuestro Ramón Valdés.

Pero mi buena suerte, superior á tantas ironías y desventuras—que tengo bien merecidas, por ser como soy—quiso conservarme en el corazón emparamado el rescoldo de la patria.

A ese mágico calor se han templado las distensas cuerdas de mi zanfoina y . . . ¡ahí va ese puñado de coplas!

Llegan á tiempo; mas, si yo puedo ir á gozar el placer de leerlas, mayor será para ustedes y más íntimo el agradecimiento de su afectísimo amigo

Francisco Cepeda.

Madrid, Julio 27 de 1905.

BIBLIOTECA PAULINO VIGON OVIEDO

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/recuerdodelavela00cepe

SATANIA

A Ramón Valdés y Campoamor

Desnuda, en pié, suelto el cabello undoso,
Sonríe. En la fragante y tíbia alcoba,
Por la ventana, como catarata
De áureas ondas tranquilas é impalpables,
Con profusión la luz del mediodia
Entra y anima el encantado nido;
Entra, se quiebra en refulgentes haces,
Acentúa el color de los tapices,
Y, al verse en los espejos, los inflama.

Después, como oscilando, se desliza
Por el suelo, distiéndese, y, más leve,
Imitando á las olas perezosas,
Viene á besar los nacarados dedos
Del diminuto pié carnoso y blanco.
Sube . . . á lo largo cíñele la pierna:
Sube . . . y ¡ qué curva tan sensual describe
Para abarcar todo el cuadril ! Avanza,
Lámele el víentre, abraza la cintura,
Le muerde los botones de los senos,
Baña la espalda, espía las axilas,
Le enciende de la boca los corales,
Y, antes de ir á perderse entre la densa
Oscura noche del cabello negro,
Pára confusa, y siente celos ante
La luz más bella de sus grandes ojos.

Y al tibio beso y la caricia tierna
De la luz, entornando las pestañas,
Satania entreabre los sensuales labios,
Y de su boca breve y purpurina
Una sonrisa de deleite brota . . .
Recorre un calofrio su epidermis;

Toda su sangre, alborozada, el curso
Precipita, y los ojos, por la grieta
De los párpados caidos irradiando,
Soñolientos, lánguidos, contemplan
En el vacío una visión querida . . .

Tal vez ante ellos, centelleando al vivo
Resplandor del ocaso, el mar se extienda:
Tiñe las aguas un rubor de sangre,
Una canoa pasa . . . A un largo oscilan
Mástiles altos ostentando flámulas . . .
Y, alba y sonora, la parlera espuma
Por las arenas se dilata, el limo
Del movedizo cascajal plateando . . .

Tal vez ante ellos, fuertes y arrogantes
Abran sus abanicos las palmeras.
Calma por todo; ni rastrera sierpe
Silba, ni ave gentil mueve las alas.
La tierra en un sopor dormita, bajo
Un ambiente caldeado que la ahoga.

Quizá ante ellos las noches tropicales
Se extiendan: infinito firmamento,
Miles de astros sobre las crespas aguas
Del torrente impetuoso, que, bramando,
Entre altas sierras sordamente corre . . .
O, tal vez, en paises apartados,
Miren sus ojos una escena antigua:
Tarde de otoño. Una tristeza inmensa
En todo. A un lado, á la umbra deleitosa
De los dátiles, medio adormecido,

Fuma un árabe. El surtidor murmura
Cerca. El cántaro lleno á la cabeza,
La veste alzada en las morenas manos,
Una mujer aléjase, cantando . . .
Y el árabe se duerme en densa nube
De humo... El canto se pierde en lontananza...
La noche llega, tibia y estrellada . . .

Cierto; muy dulce debe ser la escena
Que sus ojos extáticos, de lejos,
Soñolientos y lánguidos contemplan.
Hay por la alcoba, en tanto, un murmurío
De voces. Al principio es soplo escaso,
Un debil susurrar . . . Luego se aumenta:
Es un ruego, un clamor, un coro inmenso
De ardientes voces, de convulsos gritos.
—Voz de la mocedad y de la carne,
Canto vivo de fuerza y de belleza,
Que sube de su cuerpo iluminado . . .

Dicen los brazos:«—¿ Cuándo el dulce ins-
Ha de ser en que, á la presión ansiosa [tante
De estos lazos de músculos fornidos,
Un cuerpo amado vibrará de gozo ?—»

Los senos dicen:«—¿ Qué sedientos labios,
Qué ávidos labios sorberán el nectar
Rojo, que llena estos turgentes globos ?
Para la boca que esperamos, hierve
La sangre en esta carne, hincha estas venas,
Y erige y llena estos rosados picos . . . —»

La boca:«—Tengo en esta fina concha
Perlas de nieve del más alto precio,
Y corales más rojos y más puros
Que el rojo lecho que de un tirio manto
Cubre el fondo del mar de la Abisinia . . .
¡Ardo y suspiro ! ¡ Cuánto tarda el día

En que mis labios puedan ser besados . . .
Más que besados: puedan ser mordidos!—»
. . . . . .
. . . . . .

Mas, cuando, al fin, dejando las regiones
Que, errante, en sueños, recorrió-Satania
Mira y se ve desnuda, y, temblorosa,
Se viste, y al mirar ávido del día
Vela sus gracias, esa voz declina
Lenta, apagada, trémula. . .
Un barullo
De linos frescos, de brillantes sedas,
Que las nerviosas manos arrugaran,
Llena la alcoba, espárcese en los aires. . .
Y á través del cendal que las oprime,
Aún largo tiempo se oye que sollozan,
Con queja entrecortada y triste lloro,
Las deslumbrantes carnes escondidas . .

Francisco Cepeda

TARJETA POSTAL

Brotada de la fiesta inaugural
De un canal
Y expedida á Ramón Pérez de Ayala

A José Martínez Presno
y Antonio Fernández Vallina

Trepando en el eléctrico tranvía
Las abruptas alturas del Ulía,
He leído esta mañana, con delicía,
En **La Voz de Guipúzcoa**, la noticia
De que en Oviedo hicieron fiestas reales
Por el arribo de nuevos manantiales;
Que frey Vigil echó sus bendiciones
A un pedrusco y que tales borbotones
Del líquido cristal allí brotaron
Que de Moisés la magia superaron.
Reclinado después en la terraza
Del hotel pintoresco de la plaza
Que corona el Ulía, soñoliento,
Esperando un almuerzo suculento,
Vinieron á mi oido los parleros
Juicios de dos de aquellos camareros,
Picarazado el uno y otro féo,
A pesar de ser ambos de Tinéo:

. . . . . .

—No hay quien pueda á la villa sebastiana,
Que es del mar de Cantábria la sultana!...
—Eso fué antes, porque ¡mi-alma! ahora
La ciudad ovetense es la señora....
—¡A un andrajo cualquier llaman camisa!
¿Puede señora ser la que, sumisa
Al capellán ó al fraile extrafalarios,
Su alma pervierte en los confesonarios?
—No aludo á los espíritus de chopo
Que se dejan ungir por el hisopo.
Digo que los celosos y magníficos,
Activos, previsores y miríficos
Concejales y síndicos de Oviedo
Bayardos son sin tachas y sin miedo....
—¡Adios, botafumeiro! Eso que dices
Me ha **nasofosado** las narices....
—Pues no creo que erupte de mi boca
Ningún punzón, ni berbiquí, ni broca.
Culinario novel, tú, aún no alcanzas
Que merezcan sinceras alabanzas
La empresa y los esfuerzos admirables
De traer á la ciudad aguas potables.
—Mira, á mi no me vengas con pamplinas,
Que harto sé yo quien trajo las gallinas.
De la Corporación será la gloria
Otorgada mañana por la historia;
Pero ¿de qué le servirá esa gala,
Si el padre de la burra ha sido Ayala? (*)

(*) No Ramón Pérez Ayala,—el trovador modernista,—que, al decir de **El Pueblo Vasco**,—llevó á Asturías la inventiva-del uso de las melenas,—el monóculo (sin vista)—y los chalecos cortados—de mantones de manila;—pues ¡ya se sabe! los poetas—no traen, en toda su vida,—otra cosa que dis-gastos,—digo, gustos de familia.

—Alcalde de real orden, silvelita
—Tal cual la capital lo necesita.
Ramón Pérez de Ayala, trigo bueno...
—¡Pues qué, ya hubo Ayalas de centeno?
—Es, pero no es Alcalde palatino.
Vejados por el propio desatino,
Los Cánovas, los Maura y los Silvela,
En elegir para el burgo de Fruela
A tanto maestre inútil, botarate,
Atentos nada más que al chocolate,
Volvieron por su honor con la alta idea
De instituir en Oviedo un Zalamea,
Hombre de bien y de saber no escaso....
—Como nosotros dos, pongo por caso.
—Y el electo fué Ayala, que ha cumplido
Con noble discreción su cometido ...
—Pero es conservador, es moderado....
—Es como tú: ni carne ni pescado;
Pues que Silvela le haya reelegido
No implica ser alcalde de partido.
—No es un gran estadista á la europea.
—Ni hace falta ninguna que lo sea.
Mortal con alegrías y con penas;
Grato á las Venus de oro y las morenas;
Ciudadano formal de ariba abajo;
Caballero profeso del trabajo,
Lleva en cada bolsillo cinco duros
Para el sablazo ageno y sus apuros;
Bebe y juega, y amando se entretiene.
—Lo mismo que tú y yo, si á mano víene.
—Quiero decir, y no lo digo en balde,
Que hay que ser Pérez para ser alcalde,
Y tener, para ser de un pueblo asombro,

Vergüenza y pundonor. . . .
—Y armas al hombro.

. . . . . .

Como me siento débil, más no espero,
Y demando la lista al camarero.
—«Hay-dijo-manantial emparedado;
Depósito al graten, atortugado;
Pechugas de nayades y de ondinas
Del canal, á la Pérez; becasinas
En escabeche de agua inaugurada;
Crema al Municipio, hidrogenada;
Salmón protoxidado, con pepitas;
Truchas á la Ramón; **Ayalas** fritas. . . . »
—¡Horror! ¿qué me está usted diciendo, amigo?
—¡Que me muera si sé lo que le digo!

. . . . . .

Dejóme satisfecho el exabrupto;
Tomé un palillo, dile la propina,
Y descendí del monte á la marina
Escarbando en la boca el acueducto.

Francisco Cepeda

Noche de Invierno

A Maria Luisa Valdés

Yo sueño que á la puerta
Estás . . . y que te abrazo, casi muerta,
Muerta y transida de ansiedad y frío. .
¿De donde oiste mi grito que volaba
Y entre sus alas trémulas llevaba
Ruegos del afan mío?

Corro á la puerta . . ¡Nadie allí resulta!
Silencio y soledad. La sombra oculta
De la luz los más mínimos destellos;
Mas, por el corredor yermo, aterido,
Vaga el suave rumor de tu vestido,
Y el perfume sutil de tus cabellos . . .

¡Ah, si ahora tú llegases!
¡Si en mi calenturienta faz posases
La luz celeste que tus ojos baña;
Si este cuarto inundase de repente
La melodía, el nimbo refulgente
Que el paso te acompaña;

Besos encarcelados en la boca,
Reprimiendo mal grado su sed loca,
Que á Tántalo en su sed desafiarían,
Besos de fuego, en explosión de celos,
De gemidos, de gritos y de anhelos,
Como un manto estelar te cubrirían ! . . .

Río ardiente, bañando
Tu cuerpo, cada beso, centelleando,
Iría en borbotón, en atropello . . .
Y, cual cascada, en ondas mil deshecho.
Bajara á las colinas de tu pecho,
Tras de lamerte el cuello

Estrella humana que del cielo fuiste
Despeñada, al caer, la luz perdiste
Del rayo intenso que acrisola al lirio . . .
Mas, en la piel morena y perfumada,
Guardaste, en cambio, esa color dorada,
Que es la misma de Venus y de Sirio.

Con la lluvia de fuego
De mis besos sin fin, tendrías luego
El esplendor del brillo primitivo.
Y, presa de mis brazos en los lazos,
Serías mi guardián, y entre tus brazos
Tendríasme cautívo.

Mas, tal vez te ofendiese mi embeleso,
Y á tu contacto gélido, mi beso
Fuese á caer por tierra, despreciado . . .
¡ No importa! porque, al menos, te vería,
Y, embargado de espanto, quedaría
Silencioso é inmóvil á tu lado.

Siempre leyendo ansioso
De tus ojos el libro misterioso,
Dejaría correr mi buena suerte . .
Hasta oir, de tus pupilas en el fondo,
Con doble triste, lastimero y hondo,
La hora de mi muerte,

Aunque lejos de mí tu pensamiento,
Oirías palpitar, sordo y violento,
Mi amante corazón en cada canto . . .
Y aunque lejos también de mí tu idéa.

Oirías como dulce melopéa,
La lluvia sofocada de mi llanto.

¡ Dormirías, querida !
Y yo, al guardarte bella y adormida,
Orgulloso y feliz con mi tesoro,
Del olvido mis versos sacaría,
Y con ellos tu sueño arrullaría,
Como en hamaca de oro.

Pero no vienes; no vendrás! La puerta,
En sombra y soledad, muda, desierta,
No cede de tus ojos al destello . .
Y por el corredor yermo, aterido,
Vaga el suave rumor de tu vestido
Y el perfume sutil de tu cabello . . .

Francisco Cepeda

CONTRASTES

A Concha Barzana

En aquel día que sacaron yerto
de las ondas del río,
como una estatua el cuerpo de Teresa,
tan pálido y tan frío,

dijo un viejo doctor, puesta la mano
en el seno suicida:
—«¡Vuelve el calor, y este calor... (sonriendo)
este calor es . . vida!»

Años después, en elegante alcoba,
yendo el mismo doctor
á ver á la infeliz, que no dejaba
el lecho del dolor,

murmuraba al sentirla en fuego, el pulso
acelerado y fuerte:
—«¡Ay! siempre fiebre!... Este calor... (bajito)
este calor es . . . muerte!»

¡Tú eres, famoso amor, como aquel mismo
misterioso calor;
unas veces la vida, otras la muerte,
y siempre el mismo amor!

Francisco Cepeda

BIBLIOTECA
PAULINO VIGON
OVIEDO

Lencina: Conde Romanones, 3 y 5. MADRID